

EL COLECCIONISTA DE HUELLAS

Jorge Iván Zapata H.

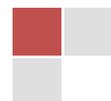
Que Freud se halla interesado con pasión por las huellas arqueológicas, dejadas a través de los tiempos por el hombre inmerso en las representaciones culturales, no es gratuito.

Se sabe de su seria afición por coleccionar estatuillas y objetos de las culturas antiguas. También el recurrir a las metáforas arqueológicas, para explicar los procesos inconscientes mostrando el campo del psiquismo humano como el territorio donde el sujeto encuentra su origen, es demostrativo del deseo curioso que lo impulsaba a la búsqueda de la revelación. Este empuje de horadar sobre las marcas, que emergen de las antiguas culturas, que lo fascino hasta los últimos años de su existencia, pone en la superficie de su investigación sobre el psicoanálisis, la pertinencia de un sentido que aun ahora permanece imborrado. "He hecho muchos sacrificios por mi colección de antigüedades Griegas, Romanas y Egipcias, le dijo a Stefan Zweig en los últimos años, y en realidad he leído mas arqueología que psicología." (1) Esta confidencia, que sin lugar a espera nos hace pensar en la pasión que brotaba en él y que incluso lo hacía abstenerse de otros apetitos de la vida, hace aparecer el rasgo de un ser que de su goce fabrica la fuente misma de lo que se propuso revelar: "Saxa Loquuntur".

Hacer que las "Piedras Hablen", expresión que pronunciara cuando iba a presentar su teoría de la histeria ante la sociedad médica de Viena, avizoraba desde esta temprana época de investigador en psicopatología, la piedra angular que daría una nueva vectorización a los enigmáticos fenómenos de dicha afección.

Mostrar el correlato inconsciente, que dejó huellas indelebles en los síntomas, inaugura una nueva arqueología, donde la fenomenología de la representación que hace cojear al hombre se pone en marcha. Como se puede percatar, no es un goce de coleccionista inocente, lo que empieza a desplegarse ante la mirada dubitante de la época moderna. Preciso decir igualmente que las piedras no le hablan a cualquiera, ni siquiera al que las recoge dado, que quizá éste las deje caer de nuevo sin oírlas.

Esta dimensión sacrificial o de goce como también podría señalarse, con la cual Freud dice hacer su colección de estatuillas y artefactos de civilizaciones pasadas, trazan el método que él investía para su investigación. "El psicoanalista, lo mismo que el arqueólogo en sus excavaciones, debe descubrir cada una de las capas de la psique del paciente para llegar a los tesoros más profundos y valiosos" (2). Si nos interesamos por esta manera de gozar, que como puede intelegirse hace rizo entre la huella de las manifestaciones culturales y las



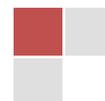
representaciones que permanecen constantes en el psiquismo de los hombres, ya que este es el sentido que nos devela el psicoanálisis, podemos avanzar diciendo que la huella es un concepto que describe la forma esencial del síntoma. Si la huella es lo que permanece constante, y resiste a las sobreimpresiones que encima de ellas se hagan, podemos en primera instancia referirla a la monotonía repetitiva con la cual el síntoma se pone en circulación.

Pero la huella también puede tener la forma de una cicatriz como consecuencia de un encuentro traumático. Así, cuando en una "Psicología Científica" Freud postula que, el trauma emerge por el vencimiento de la resistencia de las membranas protectoras que preservan al aparato psíquico del influjo poderoso del mundo exterior, nos está poniendo sobre aviso en torno a la cicatriz dejada por la colisión de tal encuentro. Aun así, la huella posee otro rasgo fenoménico, que muy bien podemos ejemplificar tomando una vez más la vía del goce de nuestro bien encaminado coleccionista. Refiriéndose a un hallazgo en el campo de la clínica psicoanalítica, dirá de su analizante que ha descubierto *"Una escena de su periodo primigenio (antes de los veintidós meses) que satisface todas las exigencias y en la que nace todos los enigmas latentes; lo es todo al mismo tiempo: sexual, inocua, natural, etc. Apenas me atrevo a creerlo realmente."*(3).

Estas dos versiones de la huella, la una como cicatriz y la otra como una escena primigenia, forjan la doble cara de una moneda que va a tomar su valor en las transfiguraciones del síntoma. La huella mnémica, como la forma en que se inscriben los acontecimientos de un sujeto, va a privilegiar determinados sucesos sobre otros. Así, hablara en sus estudios sobre la histeria, que hay representaciones altamente catectizadas, que por su valor traumático resisten al paso del olvido, o que en su defecto permanecen aisladas de la memoria, pero que mantienen su lozana eficacia mortificando al sujeto.

Este carácter de permanencia insondable de la huella mnémica., que insiste durante toda la vida del sujeto, pone de relieve la naturaleza repetitiva (*Wiederholungszwang*) que tienen ciertos síntomas neuróticos de difícil solución. La dimensión de pensar la huella mnémica, como el signo en lo real de un encuentro, que segrega un representante o escena primigenia, la cual nombra los enigmas latentes donde se cifran los padecimientos de las neurosis, tejen sobre el pensamiento moderno un sendero antes cerrado.

Ahora bien, el descubrimiento fundamental de la huella mnémica, representante potente de el acto fundador de un encuentro traumático, que no se repite pero que genera resonancias en las cadenas de representaciones inconscientes del sujeto, hablan del como Freud descifra la actualidad de los síntomas a partir de lo antiguo. "Sexual, inocua, natural, etc.", términos con los cuales él califica la escena primigenia, que expresan la fantasía única en la cual se erige la sintomatología de su analizante, postula el advenimiento de un sujeto, que ha emergido de la huella. Este sujeto que se somatiza en el síntoma, utilizando para ello los



caminos de la identificación afectiva que lo liga al Otro como Ideal u objeto libidinal, hace revelarse lo que la filosofía había escindido: el sujeto representándose en y para el Otro.

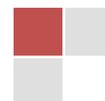
El rasgo social del síntoma Freudiano, que enfatiza el enlace no totalmente logrado con los otros del entorno que encarnan su realidad, permite testimoniar, lo traumático que se gesta en el vínculo social.

"Traumático o no, el destete deja en el psiquismo humano la huella permanente de la relación biológica interrumpida."(4) De ello se puede colegir, que toda conjunción lleva dentro de sí el pivote traumático dinamizador de su dispersión. Si la huella mnémica es la señal en lo real, de la suspensión o separación de un ordenamiento instintual o biológico perdido, la regresión a la continuidad perdida será el rasgo distintivo que nos encamina a la escena traumática, que funda al ser hablante como sujeto a la pérdida. El pivote traumático, que como la angustia es señal de lo ominoso acaecido (Unheimlichkeit) se historiza finalmente en la huella psíquico-somática dejada por el encuentro. Que la huella como la angustia, se pueda amarrar o no a la cadena de significantes o representaciones del inconsciente, es la cuestión de la que habremos de ocuparnos.

La huella, en tanto marca o letra que fija una escena crea el sentido del síntoma. Debiéndose anotar igualmente, que sentido y significación son distintos. La significación es esencialmente imaginaria y se introduce como un enlace entre la huella o letra y lo que inconscientemente representa ésta para el sujeto. El rasgo imaginario del síntoma, está fundado en la identificación con la cual el sujeto se enlaza afectivamente al otro como modelo u objeto. Por el contrario el sentido del síntoma, está por fuera de las representaciones identificatorias del inconsciente y expresa la forma como el sujeto se satisface o goza. El sentido es idéntico a sí mismo, como la huella y la letra. En otras palabras, el sentido del síntoma cumple la lógica de A es A, en tanto que la significación del mismo está sometido a la lógica de la diferencia donde A es igual a B.

Puede pensarse, que es en esta doble perspectiva del síntoma, ya como representación imaginaria, ora a la manera de una huella o letra que subyace en ésta, la forma como puede entenderse lo que el doctor Lacan en su conferencia "La tercera", va a decir de la siguiente manera: *"El sentido del síntoma no es aquel con lo que se le nutre para su proliferación o su extinción, el sentido del síntoma es lo real, lo real en tanto se pone en cruz para impedir que las cosas anden, que anden en el sentido de dar cuenta de sí mismas de manera satisfactoria, satisfactoria al menos para el amo"* (5). Huella, lesión y letra, son tres significantes amos que testifican por si mismos un sentido. Señales que se ponen en cruz, para hacernos notar que bajo ellas persiste la suspensión de una escena de relación primigenia" sexual, inocua, natural".

Que ello sea la fijación de goce, donde Freud el coleccionista detiene su mirada, para contemplar las pequeñas esculturas pétreas de antiguas culturas, hace que se piense por un

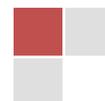


instante en lo sacrificial que para él representa obtenerlas. La fijación de goce que el síntoma como envoltura guarda dentro de sí, constituyéndose este goce en aquello que pega o ata al sujeto para que sea feliz, despliega el riesgo sacrificial que el llamado hombre está dispuesto a pagar. Si observamos por ejemplo, los mecanismos identificatorios en la formación de los síntomas histéricos, encontramos que están vehiculizados por el goce incestuoso con los progenitores. Que el síntoma lleve inmerso el mensaje del goce incestuoso que el Otro posee y, al mismo tiempo prohíbe, delata la estructura o envoltura vincular sobre la cual se erige el hablante ser. *"Pues en el mundo no hay nada fuera de un objeto (a), cagada o mirada, voz o pezón, que hiende al sujeto y lo disfraza de desecho, desecho éste que le existe al cuerpo."*(6) Afirmará el doctor Lacan, para subrayar de que fijación de goce hace semblante el síntoma en la realidad psíquica del sujeto.

Ahora bien, si anteriormente nos referimos al fenómeno del destete, como un acto donde se suspende la relación de satisfacción instintual, dejando en su despliegue la huella mnémica que va a fundar la imagen imborrable de la madre en el sujeto, se puede arriesgar un paso más. Este paso es el de interrogarnos por ese goce específico, que ha horadado su rastro en la letra o huella mnémica, abriendo al sujeto a su insondable demanda. Si acordamos que la huella es el trazo que ha dejado la suspensión de la continuidad instintual en el sujeto, ello necesariamente nos hará pensar en la demanda que el sujeto entabla por lo perdido. Y, si como lo plantea el Dr. Lacan, al decirnos que en el mundo no hay más que un objeto(a) recubierto por los cuatro semblantes fundamentales de las pulsiones parciales a saber: La cagada o mirada, la voz o el pezón, se puede afirmar que la huella como trazo de una experiencia de satisfacción, es lo que subyace y da sentido al goce, especificándolo.

Tenemos entonces, que el objeto de la demanda es uno, pero tiene cuatro formas de aparecer en el sujeto. Las formas o semblantes del objeto llamado (a), no son otra cosa que la huella, letra o trazo emergentes de la suspensión del encuentro con una de las imágenes más arcaicas del gran otro, la madre. Así, por ejemplo en el caso del complejo del destete, la demanda que se instaura por el mismo camino dejado por la huella, estará revestido por una forma del objeto(a), en este caso el seno. La demanda por el goce específico del seno, proveniente del trazo dejado por la suspensión de la continuidad instintual del sujeto, pone la imagen del objeto como semblante de la huella en el centro de la presente elaboración.

Por último, la fascinación que nuestro coleccionista nos deja ver en las imágenes talladas en piedra, impulsa el interés de nuestro pensamiento no solo por el sentido de los síntomas sino, por que abre el horizonte para penetrar en el entendimiento del fenómeno, que como el mal nombrado Psico-somático, se pone en el horizonte. Y es que tratándose de este fenómeno, sumido en el silencio de su imagen, y que se instala en el imaginado borde de la biología, la medicina y el psicoanálisis, a la manera de un hueco negro que se escribe en el órgano, no deja de ser enigmático. El fenómeno psicósomático, esa lesión que es extraña y familiar en un solo movimiento para el sujeto, que escrita como una huella la porta en su organismo, la hacemos girar en la elaboración sobre el goce específico en la que se funda el



síntoma, se podría quizá encaminar algún hallazgo. Que el sentido del síntoma, pueda a la manera de una piedra Roseta ayudarnos a leer que clase de mensaje cifrado es aquel que lleva de Oráculo en Oráculo el sujeto que lo exhibe, es la apuesta descifrante que por champolinica, no deja de tener sentido.

Citas.

1. Gay, Peter. "Freud, una vida de nuestro tiempo". Pg. 204, Barcelona, España. Edt. Paidos.
2. Gay, Peter. "Freud, una vida de nuestro tiempo". Pg. 204, Barcelona, España. Edt. Paidos.
3. Gay, Peter. "Freud, una vida de nuestro tiempo". Pg. 205, Barcelona, España. Edt. Paidos.
4. Lacan, J. "La familia". Pg. Buenos Aires. Edt. Homo Sapiens. 1977.
5. Lacan, J. "La Tercera". En "Intervenciones y textos.", Pg. 84. Argentina. Edt Manantial.
6. Lacan, J. "La Tercera". En "Intervenciones y textos.", Pg. 83. Argentina. Edt. Manantial.

